

LA EVOLUCION DEL PROBLEMA CHIPRIOTA

En la algarabía de la política internacional de esta postguerra, el problema de Chipre suena como un lamento sostenido, alzado de un tono en ciertas ocasiones, al que no se presta preferente atención. No por ello deja de ser menos real el problema chipriota, tan complejo como único en alguno de sus aspectos. Uno de ellos es que la isla empeñada en lograr su independencia y *enosis* con Grecia ha sido de hecho rara vez independiente, y, en todo caso, no pertenece a Grecia desde hace siglos. No obstante, aunque situada a 1.000 kilómetros de Grecia y sólo a 40 de Turquía y poco más del Líbano, Chipre es griega en lo racial, lo lingüístico, lo cultural y lo religioso, por sus costumbres y sus aspiraciones, aun teniendo en cuenta la presencia en su suelo de una minoría turca, residuo de la antigua dominación turca.

Sucesivamente sojuzgada en la Antigüedad por pueblos diversos (egipcios, asirios, romanos), Chipre se convirtió en feudo de los Templarios a raíz de las Cruzadas, siendo más tarde conquistada por la República de Venecia. En vísperas de iniciarse la lenta decadencia del Imperio otomano, pasó a su poder (1570), hasta que la Sublime Puerta cedió la isla a su aliada Inglaterra para que la administrara. La primera guerra mundial permitió a Inglaterra definir la situación de Chipre, que venía resultando un tanto imprecisa. La alianza de Turquía con los Imperios centrales la desprendió, por una parte, de aquel país vencido con sus aliados. Por otra, la vacilación de Grecia en alinearse con las potencias de la «Entente», que le ofrecieron como gage de su amistad la posesión de Chipre, descartó la posibilidad de que la añorada *enosis* se realizara de modo pacífico y natural.

Terminada la primera guerra mundial, Chipre perdió la consideración de territorio administrado al ser dotada del Estatuto de Colonia, con el goce de cierta autonomía interna¹. Pero los crecientes anhelos de unión con Gre-

¹ Vid. José María Cordero Torres, *Política colonial*, Madrid, 1953.

cia de los chipriotas llevaron Inglaterra a un intento de cerrar con doble llave toda esperanza de *enosís* y en 1931 la isla perdió su autonomía, si bien en 1943 fueron restablecidas las elecciones rurales, medida de mínima liberalidad que no modificó el fondo de la cuestión, no más que la convocatoria de una Asamblea Constituyente en 1947. Pronto recusada por los dirigentes chipriotas, dicha Asamblea no logró dotar la isla de una constitución que pusiera diques al creciente panhelenismo del pueblo griego de Chipre. A raíz de aquellas divergencias radicales entre la Metrópoli y Chipre, la Iglesia ortodoxa griega tomó en manos da cuestión de la independencia, articulando los diversos partidos y el sindicato chipriota y dando una estructura coherente a la E. O. K. A.² que, por otra parte, contó a partir de 1948 con el apoyo confesado de Grecia, hasta tanto más bien deseosa de no tener conflictos con Inglaterra. Así, el Arzobispo Makarios se convirtió en jefe, alma, portavoz e inspirador de una lucha tenaz, a la vez soterrada y a cara descubierta, esperanzada y desesperada, en la que unos 450.000 griegos chipriotas se oponen, en primer término a Inglaterra y, también, a los intereses de índole varia del mundo occidental que Inglaterra simboliza en cierto modo con su presencia en la isla. Uno de estos intereses—y que no es el menor—es el afianzamiento o al menos la continuidad de la reconciliación greco-turca de la que es manifestación oficial el Pacto balcánico de 28 de febrero de 1953. Este cruje peligrosamente cuando la voluntad de independencia chipriota roza la minoría turca (unos 85.000 turcos) afincados en la isla, lo cual provoca, además, una delicada flexión del frente de la O. T. A. N. en este sector del Mediterráneo donde se entreveran y contradicen directamente las conveniencias y criterios de Inglaterra, Grecia y Turquía, países incluidos en esa organización defensiva. De suerte que esta isla, de incuestionable importancia estratégica para la O. T. A. N., desempeña el papel de manzana de la discordia entre tres de sus miembros, ello de modo espontáneo y lógico, en una forma a la vez latente y declarada más susceptible de producir efectos de hondura y a largo plazo que cuanto hubiera podido amañar el más refinado maquiavelismo soviético. Porque Chipre es un problema demasiado antiguo y vivo para que los restantes miembros de la O. T. A. N. pueden adoptar frente al mismo, de modo definitivo, una actitud de pertinaz distracción; aunque no presente tales caracteres de urgencia como para que aquéllos insten su solución. Sin embargo, ese foco de malestar e irritación se impone como un fallo, pe-

² "Ethniki Organosis Kypriou Agoniston", o sea, "Asociación Nacional de Combatientes de Chipre", dirigida por un Comité político llamado P. E. K. A. (Politiki Epitropi Kipriakou Agonos).

queño, pero sensible, en un sistema que tiende a la coherencia en los esfuerzos y los propósitos.

Uno de estos propósitos es contar con un punto estratégico que permita al menos una posibilidad de mirada sobre el Oriente Medio. Grecia, sentimentalmente volcada hacia Chipre y políticamente tan cerca de ella cuanto puede, no descuida ciertamente este aspecto de la cuestión. La cesión de bases a Estados Unidos en su propio suelo está en la línea de esta preocupación, en lo que al Mediterráneo oriental respecta. Pero en lo que a Chipre atañe, discute a Inglaterra, vieja fisgadora en el Oriente Medio, el derecho a proseguir sola su tarea o misión desde la isla que considera griega. De ahí que Grecia, sin poner en tela de juicio la finalidad perseguida por la O. T. A. N. ni negarse a ninguno de los compromisos suscritos, haya sacado a la palestra su pleito con Inglaterra, llevando a cabo en la O. N. U. y cerca de los países amigos una acción internacional vedada a Chipre, pero que es sencillamente paralela a la acción interna que el pueblo de la isla realiza año tras año con sostenido espíritu de sacrificio y voluntad de vencer.

Sin embargo, en el plano local, la actividad greco-chipriota resulta bastante equilibrada por la resistencia turca a una modificación del estatuto de la isla. Esta actitud respalda el propósito británico de hallar fórmulas conciliatorias, pero que no alteren grandemente una situación que, finalmente, ni Estados Unidos ni Francia desean seriamente resolver. Como se echa de ver, no hay un ápice de exageración al emplear el tópico de «problema complejo» al hablar de Chipre. En este caso, el tópico refleja la realidad de que los cinco elementos básicos del problema (Inglaterra, Grecia, Turquía, chipriotas griegos y turcos) dan lugar a toda una serie de combinaciones que todas ellas producen roces y cuyo resultado práctico ha sido, hasta ahora, la mutua anulación de los esfuerzos llevados a cabo por Inglaterra en el plano de las negociaciones con las partes interesadas, sean las habidas con Grecia y Turquía, sean las pretendidas con los nacionalistas, así como la acción de Grecia en la O. N. U. desde 1954³.

³ El 16 de diciembre de 1954, la Comisión Política de la O. N. U. adoptó por 49 votos y 11 abstenciones la prudente resolución de Neo Zelanda, invitando la Asamblea a no proseguir el examen de la cuestión de Chipre. En 21 de septiembre de 1955, el Comité Director de la Asamblea de la O. N. U. rechazó por 7 votos contra 4 la petición griega de celebrar un debate sobre el problema chipriota, recomendando un nuevo intento de solución por vía diplomática, tal vez en vista del brillante resultado de la Conferencia anglo-greco-turca de Londres. En abril de 1956, la delegación griega en la O. N. U. entregó a todos los miembros de la misma, documentos encaminados a llamar la atención sobre las atrocidades británicas en Chipre, sin caer en la cuenta

Porque sería injusto decir que Inglaterra no trata de solucionar el problema que tiene planteado, aun cuando es evidente que el límite de sus intentos vino siendo no ceder a Grecia esa cabeza de puente que Chipre constituye con relación al Oriente Medio, propósito reforzado por la evacuación militar del Canal de Suez y, más aún, por la situación general de esa área donde se puso de manifiesto lo aleatorio de la defensa de ciertos intereses en ocasión de la fallida expedición contra Egipto en noviembre de 1956. Incluso en la política de fuerza de Londres, aplicada por el Gobernador Sir John Harding con la tácita aprobación de la minoría turca, hubo gestos de buena voluntad, aunque aparecían tan mezquinos frente a los grandes deseos chipriotas que, forzosamente, habían de quedar en gestos inútiles. Tal fué la suerte señaladamente de la Conferencia anglo-greco-turca iniciada en Londres el 29 de agosto de 1955 y suspendida el 7 de septiembre siguiente, que se saldó por la decisión británica de reforzar los contingentes navales estacionados en Chipre. En tanto, elementos chipriotas encuadrados en la E. O. K. A. se habían manifestado en Nicosia contra esa Conferencia, pidiendo a voz en cuello la unión incondicional con Grecia y la supresión de las bases militares británicas. No exigía tanto Inglaterra para aferrarse a su tesis expuesta ante los grandes protectores de la O. T. A. N. de que Chipre en poder de Grecia suponía neutralizar la organización en el Mediterráneo oriental, es decir, dar lugar a que las ambiciones soviéticas pudieran sumar un tanto a su favor. No tuvieron mayor fortuna los británicos con las conversaciones «secretas» que el Gobernador Harding empezó a celebrar con el Arzobispo Makarios a finales de 1955. En primer lugar, sembraron la alarma en la comunidad turca de la isla, que hasta se dirigió por carta al Presidente Eisenhower haciendo constar su firme decisión de oponerse a la *enosis*, a la autodeterminación y al Comunismo, sea a todo cuanto no fuera no hacer absolutamente nada. La negativa de los dirigentes griegos chipriotas a aceptar las propuestas inglesas concretadas en carta del Gobernador de la isla permitió a la comunidad turca recobrar todo el sosiego compatible con un clima de guerrilla, violencias, asesinatos, detenciones y luchas entre ingleses y griegos y también entre griegos y turcos, ya habitual en Chipre. A tal estado de cosas no aportó ciertamente un remedio la decisión de detener al Arzobispo Makarios en marzo de 1956; no más que la implacable ejecución de jóvenes estudiantes chiprio-

de que había pasado mucha agua por debajo de los puentes desde los juicios de Nuremberg. Más tarde (octubre de 1956), Inglaterra replicó pidiendo la inscripción en la orden del día de la siguiente Asamblea General de una cuestión titulada: "Sostenimiento por Grecia del terrorismo en Chipre."

tas que fueron a la horca con impávida serenidad. Es más, esas ejecuciones suscitaron un movimiento de simpatía a favor de Chipre. Grecia lo aprovechó para presentar una queja contra Gran Bretaña en el Consejo de Europa, después de haber hecho un llamamiento desgarrador y vano a los parlamentos de todos sus aliados en favor de Mikhail Karaolis condenando a la última pena. En tanto, en el propio Parlamento inglés, el Partido Laborista desencadenaba una ofensiva contra Eden con motivo del debate sobre Chipre, preludio de la tempestad que pocos meses más tarde desencadenaría su política con relación al Canal de Suez y Egipto.

Pese a tan poco alentadores precedentes en el camino de la solución negociada, y sobre todo compatible con el punto de vista inglés en la cuestión, Londres no se dió por vencido y en julio de 1956 despachó a Chipre a Lord Radcliffe con la misión de invitar a los chipriotas a «hacer una obra constructiva y abandonar la violencia». El programa anunciado por Eden en los Comunes mereció el visto bueno del doctor Kutchuk, jefe de la comunidad turca de la isla y, como era de suponer, la repulsa de la Etnarquía chipriota y de Grecia cuyo Presidente del Gobierno, Karamanlis, declaró que la política de su país respecto a Chipre no había sufrido modificación, es decir, seguía abogando en favor del derecho a la autodeterminación del pueblo chipriota⁴.

Desde el principio de su peliaguda misión, Lord Radcliffe tropezó con la dificultad de que los sucesos diversos acaecidos en Chipre no habían modificado la postura inicial de los griegos chipriotas. A falta de otros interlocutores, tomó contacto con la corporación municipal de Famagosta, integrada por ediles griegos y turcos, acaso asequibles a los llamamientos en pro de la paz, pero incapacitados para convertir los deseos en realidades. Por su parte, la E. O. K. A. inició un nuevo período de actividad que puso al rojo vivo el ya caldeado ambiente chipriota. Finalmente, en el verano de 1956, la E. O. K. A. propuso una tregua con vistas a reanudar las negociaciones, pero sobre la base de la concesión del autogobierno de Chipre, que era tanto como pedir la autodeterminación negada por Inglaterra. No obstante, tomándose el rábano por las hojas, Sir John Harding vió en este ofrecimiento una señal inequívoca de que el nacionalismo chipriota entraba en barrena y, a su vez, propuso una tregua garantizando la libertad de los miembros de la E. O. K. A.

⁴ El principio de la autodeterminación, que sufre notables variaciones según sean los casos de aplicación, fué introducido en la Carta de las Naciones Unidas precisamente por los anglo-sajones.

que se comprometieran a abandonar el territorio de la isla. El plazo por él señalado finalizó sin que se presentara un solo combatiente chipriota.

Al margen de esas turbulencias y de esos amagos de paz, Lord Radcliffe, impertérrito, cincelaba un proyecto de Constitución para Chipre, basándolo en una partición de la isla. Este nuevo juicio de Salomón, al que no hacía dengues ni la minoría turca ni Turquía, la antigua madre adoptiva, estremeció de horror a la madre Grecia y, excusado es decirlo, a los griegos chipriotas. Y al tiempo en que la Comisión Política de la Asamblea General de la O. N. U. incluía la cuestión de Chipre en la orden del día (2 de febrero de 1957), Grecia comunicaba al Secretario General de la Organización y a todas las delegaciones que rechazaba el plan Radcliffe. No por ello se ha ido a pique ese plan que pone de manifiesto el sentido humorístico de los anglosajones al proponer una subdivisión allí donde Chipre y Grecia estiman que existe una intolerable división contra la que luchan los chipriotas con las armas en la mano.

Los debates de febrero de 1957 en la O. N. U. no clarificaron la atmósfera, aunque sacaron a la plaza pública las discrepancias existentes entre miembros de la O. T. A. N. y la divergencia de puntos de vista entre los componentes de la Comunidad británica, totalmente carente de una política internacional. Mientras Ceilán se oponía airadamente a la *enosis*, la India pedía paz y libertad para proseguir las negociaciones... aunque éstas hubieran de conducir precisamente a la *enosis*. Por lo demás, en aquellos debates se dió la nota de suprema ironía del delegado soviético apoyando la resolución presentada por Grecia, miembro de la O. T. A. N. y del Pacto balcánico y tradicional amiga de Inglaterra culpable de «una cruel política de represión colonial», sin que faltaran los reproches a Francia que, pensando en Argelia—¡qué no diera por un voto!—apoyaba a su aliada anglo-sajona. Finalmente, el 26 de febrero, la Asamblea aprobó por 76 votos un proyecto de resolución presentado por la India que estaba en la línea de las resoluciones anodinas que tienen la virtud de dar la impresión que los problemas se airean, cuando en realidad existe el deseo de no sacarlos demasiado a la luz.

Entre tanto, la situación en Chipre no brindaba otra perspectiva de evolución que el ofrecimiento de la E. O. K. A. de interrumpir su actividad si Inglaterra liberaba al Arzobispo Makarios. Dando una prueba de buena voluntad y pese al descontento de Turquía ⁵, el 20 de marzo de 1957 Mr. Lennox-

⁵ El Ministro de Asuntos Exteriores turco publicó en 29 de marzo un comunicado en que expuso nuevamente la posición de Turquía respecto a la cuestión de Chipre y la decisión británica de liberar al Arzobispo Makarios.

Boyd anunció oficialmente que el Arzobispo Makarios iba a ser liberado, aunque no autorizado a regresar a Chipre. Aprovechando el nuevo panorama que creaba la decisión, también anunció que el asunto de Chipre sería llevado a la O. T. A. N. Acto seguido, Grecia se negó de plano a aceptar el arbitraje de Lord Ismay, entonces Secretario General de la Organización Atlántica. En cambio los turcos no pusieron reparos al proyecto inglés, pues diversos indicios permiten suponer que ese arbitraje hubiera desembocado en la aplicación del plan Radcliffe que Turquía se inclinaba a considerar una solución y Grecia una monstruosidad. De hecho es una astucia de Inglaterra para poder desempeñar el papel de mediadora en un problema que su política se ha esforzado en convertir en un pleito greco-turco. En efecto, al correr del tiempo la cuestión de Chipre que inicialmente era anglo-chipriota, pasó a ser posteriormente anglo-greco-turca, convirtiéndose cada día más desde la Conferencia de Londres de agosto de 1955 en asunto greco-turco.

Este desplazamiento del centro de gravedad de la cuestión se ha puesto singularmente de manifiesto en ocasión de la XII Asamblea General de la O. N. U. en que Grecia y Turquía hicieron el papel de querellantes, mientras que Mr. Noble, delegado de Inglaterra, podía decir, todo compungido: «... nosotros tenemos la responsabilidad por la *administración* de Chipre... no debemos tratar de imponer una solución del problema *si no hay un acuerdo entre aquellos que están directamente interesados...*» Pero en el curso del debate se evidenció cuán distaba la realidad del acuerdo deseado. Frente al señor Averoff-Tossizza, delegado griego, que invocó patéticamente el derecho a la autodeterminación del último territorio colonial de Europa—olvidándose por supuesto de Gibraltar—, el delegado turco, con la mesura a que suele dar lugar la seguridad de pisar terreno firme, se opuso a la resolución presentada por Grecia en apoyo de su tesis y abogó en favor de «un arreglo que sea aceptable para todas las partes interesadas»⁶. Era tanto

⁶ Texto de resolución presentado por Grecia en la XII Asamblea de la O. N. U.:

“*Habiendo examinado* la cuestión de Chipre,

Reiterando su resolución 1013 (XI) de 26 de febrero de 1957,

Expresando su inquietud porque no se han realizado mayores progresos hacia la solución de este problema,

Considerando, además, que la situación en Chipre continúa siendo muy peligrosa y que es necesario hallar lo más pronto posible una solución para preservar la paz y la estabilidad de esa región,

Expresa la viva esperanza de que se entablarán nuevas negociaciones y discusiones en un espíritu de cooperación, con miras a la aplicación del derecho de libre determinación en el caso del pueblo de Chipre.”

como una invitación a buscar la cuadratura del círculo, habida cuenta de que el tiempo no ha modificado la posición inicial de los griegos chipriotas, ni de Grecia, si bien los turcos han evolucionado desde una simple aceptación de la fórmula propuesta por Lord Radcliffe hasta reivindicarla actualmente con furor. Y así se da la curiosa circunstancia de que para los turcos sea Inglaterra la que se opone perversamente a la partición, mientras que para los griegos es ella la perversa protectora de la idea.

Todo ello desemboca a la postre en un antibritanismo susceptible de que la mayoría de la O. T. A. N. forme una guardia pretoriana en torno a la escarnecida «administradora». Noticias relativas a infiltraciones comunistas en la E. O. K. A. y los disturbios ocasionados en Chipre por la minoría turca contra el Gobernador Foot⁷, acusado de simpatías por los griegos, se inscriben en la línea de una tendencia a ensanchar el círculo de los interesados en resolver el problema, en particular con la inclusión de Estados Unidos. En tal caso no ha de descartarse que la fórmula que retenga la atención de Washington sea la aplicación del plan Radcliffe, como siendo la única susceptible de dar satisfacción a Turquía, que actualmente tiene mayor peso específico que Grecia en los planes de defensa del Oriente Medio por su pertenencia al Pacto de Bagdad. El antibritanismo por partida doble que antaño suscitó la política británica en Palestina llevó a Inglaterra, pese a las luchas cruentes entre árabes y judíos, a retirarse del territorio en 1948, momento en que la O. N. U. se hizo cargo del problema para resolverse a su modo. Pero es de señalar que la retirada de la mandataria estuvo estrechamente ligada a la creación del Estado de Israel, meta por lograr en la que Inglaterra estaba, en definitiva, comprometida como está actualmente comprometida con Turquía, muy operante en ese Pacto de Bagdad con el que se ha sustituido una diplomacia durante muchos años basada en Jordania. Por ello cabe preguntarse si diez años después Inglaterra no maniobra para capear el temporal chipriota, que por sí sola no puede seguir afrontando, con mé-

La resolución obtuvo 31 votos a favor, 23 en contra y 24 abstenciones (entre ellas la de España). No habiendo obtenido la mayoría necesaria de 2/3, quedó desechado el proyecto de resolución.

⁷ Sir Hugh Foot, anteriormente Gobernador de la Jamaica, sustituyó a Sir John Harding en el gobierno de Chipre a primeros de noviembre de 1957. Repitiendo palabras de Lord Radcliffe, al abandonar Chipre, Sir John Harding dijo: "La solución del problema de Chipre necesita que un gran número de personas sean razonables al mismo tiempo. Fue posible conseguir que algunas personas fueran razonables al mismo tiempo o que un crecido número lo fueran en tiempos diferentes. Pero inducirlos a serlo simultáneamente, fué tarea que resultó imposible."

todos sugeridos por la experiencia palestina. La evolución periférica de la cuestión de Chipre, tendente a asignar a Inglaterra un mero papel de «administradora», en muchos modos semejante al de mandataria, conduce a la eventualidad de que asistamos en Chipre a un remedo de la historia de Palestina. Pero el contexto político del Oriente Medio y los contactos griegos con Egipto⁸ parecen estar un poco en contra de todo intento de imponer soluciones desde fuera, sin cuidarse en exceso de la clamorosa aspiración del pueblo griego de Chipre. Queda excusado recordar que la solución decidida por la O. N. U. para el problema palestino ha originado en el Oriente Medio una serie de complicaciones y malestar, aparte de su sensible apartamiento del mundo occidental, cuyas consecuencias no cesan de gravitar sobre la política de esa área.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

⁸ El Gobierno griego se apresuró a saludar el "feliz acontecimiento" que constituía la proclamación de la República Unida Árabe y el Arzobispo Makarios felicitó al General Nasser. Ello coincidió con la visita del Gobernador Foot a Atenas para tratar del asunto de Chipre y con el viaje de Selwin Lloyd a Ankara por el mismo motivo (febrero 1958).

